

SE IMPRIME
Por la Imprenta HISPANO-URUGUAYA
CALLE DEL OLIMAR, 149
SALIENDO LOS DIAS
Mártes, Jueves y Sábados
POR LA TARDE

DIRECCIÓN } CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149
Y ADMINISTRACIÓN }

Los remitidos que revistan interés público se publicarán gratuitamente, pagándose á razón de 15 pesos columna los de interés particular, y en ningún caso se devolverán los originales.

ALMANAQUE

Miércoles 22—Santa Margarita de Cortona y san Pascacio.—*Temporada*.
Jueves 23—Santa María y san Fiorenzo obispo.
Sale el sol á las 5 y 27 y se pone á las 6 y 53

EL CLAMOR PÚBLICO

La cuestión liberal

El ultramontanista se agita. Los sectarios de Loyola, al ver que sus logros se dispersan desencantados, promueven nuevos trabajos para reconquistar á los refractarios, á los que han abierto los ojos á la luz de la verdad.

Preciso es confessar que aun los quedan bastantes elementos para combatir al liberalismo. Disponen entre varios otros, de una porción numerosa de mujeres fanatizadas, cuya misión es propagar en el seno de la familia los beneficios de la religión romana, que los propagandistas no conceden.

La inacción de los liberales favorece á la causa ultramontana.

Mientras los ultramontanos forcejan sin descanso para que no se les escape su casi dorguidísimo imperio, los liberales se cruzan de brazos, como si confiasesen al cielo el complemento de la obra liberal empeñada.

Esto alienta á los partidarios de las tenebrosas.

Invocando la religión de Cristo, que ellos han falsificado groseramente para pescar hombres y mujeres ignorantes y llenar de oro sus arcas, siempre hambrientas, dirigen á la sociedad un nuevo llamado, una suplica, para salvar á la humanidad seducida por los altos.

¡Qué sarcasmo! ¿Ellos que han sacrificado á media humanidad, quieren salvar á la otra media?

Algunas personalidades distinguidas de nuestra sociedad, crean llegado el momento de atender á la reorganización del partido liberal, para contrarrestar las maquinaciones clericales.

Hallándose los elementos liberales desunidos de faltos de dirección, la conveniencia de su organización es de todo punto indudable.

No hay que temer que vuelva á manos ultramontanas el imperio del mundo. Esto no sucederá, mal que pese á los enemigos de la luz. Sin embargo, como el fruto de la libertad no se halla todavía al alcance de ciertos hombres, y es necesario que lo prueben, la noble empresa de manumisión debe seguir adelante, engrandeciéndose con nuevas y provechosas conquistas.

Hemos de considerar como un principio desmentida la emitida por algunos acerca de la religión y de la política. Niegan la existencia de una relación inmediata entre una y otra, como si ignorasen que los clérigos más se avienen con los gobiernos despóticos, que con el reinado de las instituciones libres.

EL CLAMOR PÚBLICO

PERIÓDICO INDEPENDIENTE

ADMINISTRADOR: SEBASTIÁN O. TORRES

SUSCRICIÓN

Por un año \$ 10.00
Por seis meses 5.50
Por un mes 1.00
Número suelto 0.10
Número atrasado 0.20

CALLE DEL OLIMAR, Núm. 149

No se admitirá escrito alguno que no esté amoldado á los principios del programa y garantido en debida forma. La publicidad de un escrito no autoriza la exigencia gratuita del número.

Los que sostienen semejante absurdo pasan por alto, seguramente, las preciosas advertencias que nos ofrece la historia. En todos países y tiempos el clericalismo se ha mostrado fiero amigo y aliado de los tiranos. Nunca ha progresado más rápidamente la religión falsificada, que en aque llos pueblos abusados por la tiranía. Huy, por consiguiente, un estrecho enlace entre el clericalismo y la política.

Los gobiernos despóticos cargan á los pueblos de cadenas, para asegurar se de su obediencia, forzosa e imprescindible. El clericalismo atiende á la dominación de la conciencia por medio de reglas falsas barnizadas de religiosidad, para obtener también fácilmente el acatamiento de la humana estupidez.

Uno y otro sistema, aunque usando de formas diferentes, persiguen á un mismo fin: la explotación de los pueblos en favor de pequeños círculos de verdaderos enemigos de la libertad y la justicia.

De estos conclusiones se infiere lógicamente la necesidad de emprender una vigorosa campaña para manu-
mitir á los esclavos del clericalismo.

Ilustrando las conciencias extraviadas ó fanatizadas, obtendremos para las victimas la comprensión de sus de-
litos cívicos y religiosos.

Bajo todos los aspectos, la empre-
sa es altamente humanitaria.

Esta sola circunstancia, sería bastante para reunir á los hombres de sano corazón y de buena voluntad en el propósito de emprender aque-
los trabajos, si no existieran además otras razones igualmente poderosas. Una de estas es la necesidad palpable de limpiar al país de la política infeciosa que lo aniquila.

La administración pública es una completa corruptela que va estirando hasta las nociones más elementales de libertad y justicia. Dentro de esa ad-
ministración ominosa, no hay más que dos entidades que gozan de plena libertad: el gobierno y el clericalismo.

El pueblo no es más que contribuyente de uno y otro: contribuyente forzoso, con obligación ineludible de pagar siempre, sin obtener en cambio el goce de sus legítimos derechos.

No perdamos de vista las numerosas iniquidades de los sectarios de la religión romana.

La horrible serpiente levanta su caza y amenaza devorar otras vícti-
mas. Aplastémosla sin compasión. Si ella se enroscá al cuello de nuestros despóticos gobernantes, para to-
márslos por instrumentos de sus inter-
eses egoístas, será más difícil aplastarla, pero no será imposible.

A los amigos de la verdad y la justicia, de la luz y de la civilización, recomendamos la unión de sus esfuer-
zos y voluntades para ejecutar esa empresa de salvación pública, que hi de honrar á sus ejecutores y al pueblo.

Una propaganda incisiva en la prensa y en la tribuna, la de ofrecer-
nos, como resultado inmediato, grandes y provechosas victorias sobre las legiones clericales.

La Tribuna Popular.

SECCIÓN AMENA

LA VANIDAD

I

Comienzo á sospechar que no es la soberbia el vicio que principalmente nos domina á los que por un capricho de la suerte que al fin es mujer, nos encontramos en estos tiempos tirando de la carga más ó menos ligera de la vida. Asimismo presumo que no es tampoco la envidia el móvil que nos impulsa al habitual recreo de la mirada: es con que animamos la culta amenidad de nuestras ociosas conver-
saciones, que tan agradable hacen el trato de las gentes.

Yo tengo más razones para inclinarme á creer, no sé si con satisfacción ó con pena—pues ya no se sabe á punto si lo que debe alegrarnos ó en-
tristecernos—que la soberbia y la envidia, tan propias de la frágil natu-
raleza humana, experimentan cierta degradación natural y casi insensible, impuesta á mi ver por el descenso que en todo se advierte, señal basta-
te clara de lo inclinando del plano en que resbalamos, y que nos conduce, triunfalmente eso sí, de abajo á arriba.

Yo digo: Nada hay más lógico que los hechos en razón á que la exige una ley todavía no derrogada, que quieras que no quieras, les impone la tiranía de la descendencia, obligando á sucederse dentro de sus respectivas especies en ordenadas generaciones, como si dijéramos, de padre á hijo...

Ley constante en la naturaleza y permanente en la historia, puesto que los hechos lo mismo que los seres vi-
ven sujetos á la tercera existencia que los encierra á ser necesariamente cada uno hijo de su semejante, por que eso de las generaciones espontá-
neas no pasa de ser un proyecto de ley sin función ninguna, que no impone obediencia.

Ello es, que la sibildad de las na-
turalidades insiste en asumir, bajo la pr-
ueba de su experiencia en la sucesión de las especies, que en el orden de los hechos, el que siembra vientos re-
coge tempestades; y en el orden de la naturaleza, que, échese por donde quiera, el oíno no dará nunca peras.

La soberbia y la envidia tienen también su natural descendencia y hé aquí que naturalmente han des-
cendido.

Vemos cómo.

Hay en la soberbia el orgullo del propio valor, cierta conciencia del poder de sus facultades, y á más, el desordenado apetito de imponer su imperio. Puede decirse de ella su munificencia lo que Síeys decía de Napoleón I: «Este hombre todo lo sabe, todo lo puede y todo lo quiere». En una palabra, cuando el genio no es santo es soberbio.

El fondo de la envidia es amargo, es hiel pura; pálida descompuesto el que, digamos vulgarmente, todo lo sabe á cuerno quemado. No le entristece el bien ajeno tanto porque no es suyo, como porque es de otro.

Soberbia y envidia son como dos aspectos de una misma cosa y se distinguen entre sí como el anverso y el reverso de una misma medalla,

La unidad es el secreto de la so-
berbia; Yo, yo aquí, yo allí, yo don-
de, yo fuera, yo en todas partes, yo
siempre.

El conjunto es la desesperación de
la envidia: Ese, aquél, este, el otro,
todos, todo.

La soberbia produce á Lucifer, la
envidia á Cain, y estos dos tí-
pos se producen frecuentemente en el
transito de la especie humana sobre
la tierra, como si fueran sus eternos
compañeros, testigos constantes de su
trágico origen.

Perfectamente; mis yo advierto que
la soberbia humana ha comenzado á
ser más razonable y la envidia á es-
tar menos descontenta del mundo que
la rodea. Difuso que esas dos fieras
que habitan en las salvajes soledades
del espíritu del hombre, amazadas
por la influencia de la civilización mo-
derna, se han convertido al fin en dos
animales domésticos.

La cosa se explica bien fácilmente
por el desenvolvimiento expansivo de
nuestras libres facultades.

Disipáis así esas preocupaciones,
que se empiezan en hacer del hom-
bre un simple mortal, contentado al
mezquino usufructo de la vida y de
la tierra, hasta llegarlo poco á poco
a la proclamación de nuestra pro-
pia divinidad; y una vez declarado
Dios el hombre, es preciso conve-
rir en que su soberbia, por ciega que
sea, ha de haber caído en la cuenta
de que ya el mundo es suyo.

Y pongámonos en su lugar. Todo ha caido bajo su poder; todo lo sabe, todo lo pude, todo lo
quiere, y como es natural, se siente satisfecho. ¿Y que ha de
hacer?... Se guinda á sí mismo el
ojo en señal de fatima complacen-
cia, y quiera que no quiera, se abandona en cierto modo al des-
censo después de tan larga fa-
tiga.

No quiero decir que se duerma
á pierna suelta sobre el lecho de
pluma de su gloria, pero, vamos,
empieza á dar algunas cabezadas
sobre el hacinado montón de sus
laureles.

Al paso, la inquisición infatigable
de la ciencia, que se quema
las cejas buscando el origen auten-
tico de esta divinidad que de la
noche á la mañana nos ha caído
por la chinita, ha descubierto,

como la cosa más sencilla del
mundo, por indumentación maravil-
losa, que el mono es, así como
sueña, el padre natural del hom-
bre.

Y no hay que reírse de esto no
vistoso abollongo de nuestra raza.
Bueno que la trasnochada impa-
tienta de los que año da pretendan
sostener la aristocracia originaria
de la especie, la sangre azul de la
ascendencia, y la alcurnia de la
familia, se obsesiona en conservar
entre la opulencia democrática de
nuestros suntuosos hoteles, las cuen-
tro tapas de la casa solariega del
paraiso.

Y qué! Siempre tendremos como
fundamento razonable que el
hombre no procede del hombre,
en atención á que no hay ser so-
bre la tierra que posea el singular
privilegio, la rara virtud de
producirse á sí mismo; porque
esa tristeza impenetrable de la

naturaleza todo nace sin que sea
necesario de ningún modo el con-
curso voluntario del ser que viene
á la vida.

Aun tenemos otra testimonio,
si cabe, más eloquente, que ates-
tigua de continuo la autenticidad
de ese origen que lo debemos á
las últimas investigaciones, per-
mitasme decirlo así, de la cién-
cia.

Ahí están las mujeres todas,
ellas por un sentimiento unánime
nos ponen á cada paso en la
mano lo que podemos llamar nues-
tra partida de bautismo, descu-
biendo á nuestros ojos por pa-
netación inconsciente la cosa
pobraba en que se moldearon nues-
tros lejanos y á la voz, novísimos
progenitores.

Vedlas delante del niño que em-
pieza á dar los primeros pasos en
la senda de la vida: lo contemplan
con gran curiosidad, lo basan con
tornura á la cible, y como si recordaran
intuitivamente la infancia de la familia
perdida en la oscuridad de tiempos remotos, se les
ruegan los huesos, y exclaman sin po-
der contenerse:

—¡Qué mono!... ¡Oh, si; este ni-
ño es muy mono!

¡Qué más testimonios de autenticidad
necesitamos?

Convengamos en que si estos datos
no son concluyentes, no hay nada
que tengamos en el mundo que
nos sirva en el mundo. Datos se-
guros, que deben tomarse como con-
fesión de parte, en cuanto á que ellas
sólamente parecen encargadas por la
naturaleza para saber ciencia cierta
quién es el padre verdadero.

No hay para qué detenerse en ape-
lar á la etimología griega de la pala-
bra mono, pues todos sabemos que
quiere decir uno. Uno, origen de los
demás, principio del número, engen-
drador de las cantidades, proteedor
de la summa, germen, en fin, de todas
las multiplicaciones.

Así se unen, se confabulan y se
compenetrán en una misma averigua-
ción la ciencia que investiga, la mujer
que advierte, la lingüística que si-
gue, la aritmética que multiplicita.

Pues bien, si la envidia ha penetra-
do el secreto de nuestro origen y se
encuentra al oíro de la calle, y se pre-
gunta: ¿que puede envidiar ya sobre
la tierra? Si de un vuelo alrededor
de este árbol genealógico, ¿que pu-
de hallar envidiable en el género hu-
mano?

Ello es que la soberbia se nos pre-
senta más activa, y la envidia más
ociosa, y degenerando una y otra de
su primitiva naturaleza han venido á
convertirse en vanidad, y resulta que
la vanidad nos ha heredado como hi-
ja natural descendiente por línea recta
de la soberbia y de la envidia.

Y bien, ¿qué es vanidad?

Por de pronto es el aire que respi-
ramos.

Tiene algo de espíritu, en que to-
do lo ocupa y nidi llena.

No son las cosas, sino las opulen-
cias de las cosas.

Es Lucifer más sociable, casi
bonachón, digamoslo de una vez
un pobre diablo; es Cain mono
adusto, casi amable en una pala-
bra, un pobre hombre.

Es la campana que suena prác-
ticamente porque está hueca.

En el orden de las cosas públicas nos sale al paso por todas partes. Ahí está el crédito que va de casa en casa, de puerta en puerta, pidiendo en nombre de la prosperidad cosas que aumentan el valor de las unidades. Cuál quiera cantidad dividida por cero da, según la forma irracional de los matemáticos, lo infinito; pues bien, multiplicaremos la cantidad de lo que hay por todos los ceros de lo que falta y tendremos la tonta idea, como tenemos, los fabulosos monantales de esta inmensa riqueza en que nos ahoga mas.

El lujo, hé ahí otra paráfrasis: todo el superfluo se ha hecho necesario. El hotel suntuoso, la mesa espléndida, el tren deslumbrador. ¡Oh cuán cara es la vida! ¿A quién no le oculta lo mucho que cuesta? Y sin embargo, qué bien sabemos todos lo poco que vale.

La autoridad.... ¡qué gran aspecto! Todas las insignias, todos los avatares, todas las apariencias; pero.... ¿dónde está? En tales partes se la ve y en ninguna se la reconoce. Si no es ya una nueva ficción ¿qué es? Decoración teatral, perspectiva de batidores; especie de luz que billa en la oscuridad de la noche para advertir al transeúnte que allí están los escobios de un edificio arqueado. Autoridad vini d del poder.... ¿Es otra cosa?

Volvamos los ojos a la sibillería. ¡Cuán admirable es el espejismo que nos ofrece! Desde el momento en que hemos descubierto el velo de todos los misterios nos encontramos con que nada hay cierto. Ya no hay verdades, no hay más que opiniones; todo está en el telón de juicio; la ciencia es la que perfida, la duda es el fondo y la duda es la ignorancia suprema.

Sea como quiera, el mundo se nos presenta lleno de subjos. Francamente, ¿en dónde lo sabe ya todo? Jamás se la visto tan poderosamente extendido el privilegio de la ciencia infusa. Todos hablamos de todo; ¿por qué? Porque de nada se habla tan fácilmente como de aquello que no se entiende. En realidad nada de cierto hemos averiguado; pero ¿quemos de contentar a perpetuo silencio nuestras ignorancias? Si nos contentamos con creer en subjos que necesidad tenemos de ser?

Vanidad de la riqueza, vanidad del poder, vanidad de la ciencia. Sumemos; todo lo que se debe; todo lo que no se puede; todo lo que se ignora. En infantes, rebeldes; fiebre de la riqueza; perspectiva de píndar; azaña de la sabiduría. Total vanidad, espalda, vado.

Ah... se me olvidó; somos libres; sin duda alguna, a lo menos nos da mas todo el aire de lo somos; mas yo pregunto: ¿Libertad, si te pones, que qué te pedimos? ¿Cuán do se causará el hombre de pedir? Y si nos la han de dar, ¿dónde es nuestra?

Ya hemos entrevistado la vanidad en las cosas, y después, mas despierto, la buscamos en las personas, que es de donde presenta su aspecto verdaderamente fisiológico, ameno, curioso y entretenido.

J. SELGAS

CRÓNICA LOCAL

Teniendo en cuenta la gran influencia que ejerce en el ánimo de la sociedad esa dolencia cuyos primeros síntomas manifestándose en el bolsillo y que luego caracteriza una sensación más o menos penosa, que se experimenta en el interior del estómago, no podemos menos que convenir, en que el entierro del Marqués de Porscuelas ha sido mucho más fastuoso de lo que era de esperar.

dado el carácter epidémico que va tomando la enfermedad maldita mas arriba enunciada.

La funeraria ceremonia se efectuó a usanza de los Sacalavas.

La vispera del sepelio, velóse el cadáver en la explendida morada de don Marcelo Zaffaroni, cuyos salones sencilla pero distinguidamente ornamentados ofrecían, a las diez de la noche, un magnífico golpe de vista.

Veláronse allí multitud de señas que al compás de las cadencias de las notas de la música giraban miedosamente alrededor del túmulo en que yacía incorpore el cadáver de la divinidad grotesca del bulto, del amor, de la alegría.

Algunas flautas imprimían con sus chistes más variedad y animación a quel hermoso cuadro, cuyas figuras prominentes han constituido las más bellas damas del vergel minuano que declamaban el elogio del difunto.

La ceremonia duró hasta las tres y media, 4 una hora se retiraron los exequiales, no quedaron de all más que las duenas de casa y la fragancia que dejó en pos la mujer elegante.

Otra cosa también quedó, y fueron miles de felicitaciones de parte de los invitados hacia los invitados, por el fino agasajo que estos les dispensaron durante tan amena velada.

Llegó la hora prefijada para el entierro.

La diligencia, vestida de gran gala, presidió el cortejo, yendo en pos del fúnebre carrozón que visto de sucesivas vistallas.

Venían después los Negros Guaracheros, que en nuestro concepto fueron los que más tenían dieron a los funerarios. Fueron muy obsequiados en todas las visitas que hicieron.

En tercera fila marchaban las Hijas de Minas, hermoso grupo de jóvenes de color de ambos sexos, que siempre se ha distinguido por su buena organización y armonioso canto.

En cuarto lugar ocupaban los Emigrantes, apreciables jovencitos, filantrópicos en su mayor parte que se hicieron solicitar por las familias más distinguidas.

A la cola iban los Cigarreros, simularon con gran naturalidad a esos hermanos bohemios que de vez en cuando venían vagar por las calles de los pueblos pasando otros y monos indistintos, a los que hacen burla al son de un orgulloso de manubrio.

Alas carreteras populacheras los hubo en abundancia, pero iban solos, erran y sin destino, molestando con su ridículo que no conoces, etc. A cuánto serían vivientes hablaron al paso.

Entre estos también los hubo, que por mas que quisieran encubrir su personalidad con el abigarramiento en que se envolvían, adivinables por su andar y el perfume que de ellos desprendía, ser miembros de la buena sociedad, que se divertían chasqueando a sus relaciones.

Y aquí tienes lector una loca y mal hilvanada crónica de los honores fúnebres que el año de gracia de 1893 tributaron los minuanos a la grotesca diversidad del Mirque de Porscuelas.

Y ahora vamos en traje de paseo, al baile del Club Progreso.

¿Qué tal fué? Yo solo sé decir como El Moluso, que tanto en matronas como en señoritas establa en gran mayoría de lo más selecto de nuestra sociedad;

Las niñas más bellas de nuestro pensil, de labios rosados y labios gentiles, de atractivos llenos y aire seductor, inspiraban puro y sentido amor,

Del sexo barbado

¿Qué puedo decir?

Los habíamos

dando aun suspiros

y esto no sorprende,

lo digo en verdad;

¡qué! mira imposible

a tanta deidad!

Jóvenes hubieron

que son buenas mozas

y otros que, cual yo,

mas parecen osos.

Pero nadie importa

al que siente y quiera,

que esto es cuento exigir

la fiel compañera.

Y esto dicho, solo me resta agre-

gar;

que á la una y cuando el baile

estaba en la plenitud del entusiasmo,

mi compatriota de Ida, Dr. Calvis

surgentemente solicitando para una

consulta y tuvo que abandonar aque-

lhermoso recinto en que se rendía cu-

to á Tersipone con su igual entusiasmo,

y yo para hacer mas llevadero

mi pesar, seguí sus pasos, y mien-

tras el recetario, yo, me entregué en

las retinas y medios,

que ya no hay más que opiniones;

toda está en el telón de juicio;

la ciencia es la que perfida,

la duda es el fondo,

y la duda es la ignorancia suprema.

Y hoy nos

que nos</p

